

## PRINCIPIOS PARA UN DICCIONARIO CONCEPTUAL Y SISTEMÁTICO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

RAFAEL DEL MORAL  
*Liceo Francés de Madrid*

La segunda o tercera lengua de la humanidad, la nuestra, es también en estos últimos años, y según se oye decir, la que más crece como lengua secundaria o lengua adquirida después del inglés. Su avance a modo de red ya ha desplazado probablemente al francés y al alemán. Y se extiende, a veces de manera insospechada o incluso, a juicio de muchos, injustificada, por el mundo entero. En Internet es, según algunas estadísticas, la cuarta lengua más utilizada después del inglés, del chino y del japonés. Y, por añadir un ejemplo más, es estudiada, con mayor o menor éxito, en enseñanza secundaria francesa por más del 35 por ciento de los alumnos. Muchísimo más limitada es la atención que los hablantes de español prestan, pongamos por caso, al francés. Pues bien, el español, sin duda una de las lenguas más importantes de la humanidad, no dispone aún de un diccionario que pueda contestar a las siguientes preguntas:

¿Cuántas palabras están dedicadas a nombrar a una persona en general? ¿Cuáles son? ¿De qué manera y en qué orden rozan sus significados? ¿Con qué palabras aludimos a las acciones realizadas con los brazos, colocadas también de manera que los significados se sobrepongan, se froten o se acaricien? ¿Con qué palabras, todas agrupadas, designamos a la persona que se dedica o interesa por la música en alguna de sus dimensiones? Es verdad que este cometido lo han realizado algunos diccionarios ideológicos, de uso, de

sinónimos o de ideas afines, pero siempre de manera sesgada, incompleta o arbitraria. El usuario puede, tal vez, descubrir algunas palabras, pero sin tener un concepto amplio y abierto del campo semántico. Necesitamos saber las palabras que son; las que siendo no utilizamos porque pertenecen al ámbito local o regional; las que fueron y ya no se usan; e incluso las recientemente incorporadas.

## 1. INTRODUCCIÓN A LAS NORMAS PARA LA CONCEPTUALIZACIÓN Y SISTEMATIZACIÓN

Muchos estudiantes, investigadores y usuarios de la segunda o tercera lengua actual de la humanidad agradecerían tener a su alcance una obra que concediera ordenadamente a nuestro léxico el valor semántico relacional que le corresponde. Tal organización podría cumplir los siguientes principios, o al menos la mayoría de ellos:

- Que esté dispuesta en una ordenación lógica, por significados colindantes, que huya del ilógico y extravagante sentido del orden alfabético.
- Que aparezca clasificada en tantos campos y subcampos como fueren necesarios para dar cabida a compartimentos o celdas capaces de albergar los términos de las últimas décadas. Tal vez, según cálculos frágiles, unos tres o cuatro mil.
- Que en estas colecciones de palabras vivan unas vecinas con otras, yazcan pegadas y seguidas en ordenamientos y tipificaciones que, como en las prietas hojas de un árbol, se desplacen ordenadas desde el tronco hacia las más distantes y recónditas ramas.
- Que una palabra o sintagma o expresión domine desde su significado más amplio o hiperónimo al grupo de palabras o hipónimos que contiene.
- Que cada uno de esos campos distinga con independencia y precisión sustantivos de adjetivos, y adjetivos de verbos, y verbos de adverbios, y conceda un apartado especial a los campos semánticos cerrados.
- Que cada voz ocupe un lugar, un espacio definido por las palabras que aparecen a su lado, por algunas breves explicaciones que encabecen el listado, y por otras que encabecen el listado del listado en su viaje desde el tronco hacia las ramitas, de tal manera que cada término reciba su valor por el lugar que ocupa en el gigantesco desarrollo.

- Que queden organizadas las ciudades, urbanizaciones, viviendas, habitaciones y armarios de tal manera que, una vez diseñados y creados, cada uno de los receptáculos permita invitar en sus dependencias a las palabras y expresiones nuevas o recién nacidas, a las resucitadas o a las que, desde otras lenguas, sean bien recibidas y encajadas.

Desde nuestro puesto de estudiosos y artífices, digámoslo con templanza y sosiego, consideramos necesario y urgente que nuestro patrimonio léxico quede fotografiado en un diccionario lógico de campos semánticos, en uno de esos manuales que ya sirvieron para el griego, para el chino y para el sánscrito, y que actualmente prestan un envidiable servicio como fiel instrumento de ayuda léxica a lenguas como el ruso, el francés o el inglés. Y que ese estudio, generoso y hospitalario para la actualización, perdure en largas y pacíficas décadas como elemento común tanto para los usuarios de lengua materna como para quienes han de usarlo como lengua secundaria o adquirida. “Este tipo de diccionario puede ser útil, aparte de su justificación científica, para conocer mejor nuestra lengua, para mejorar las técnicas de la comunicación, para aprender mejor el español como segunda lengua y para enriquecer el propio vocabulario” (Becerra Hiraldo 1996:5).

Entre las palabras que dedica el español a nombrar a una persona consideramos, por ejemplo, que pueden repartirse los espacios de significado con la presencia de cuatro subcampos o subcasillas que las ordenan de manera elocuente desde las más formales hasta las más distantes. Se distinguen en ellas, precedidas de *coloq.*, los usos coloquiales:

(1) *persona en general*

- hombre, mujer, individuo, habitante, criatura, semejante, nacido, prójimo, alma, mortal, particular, persona, personilla, interfecto, miembro, alma viviente, hijo de vecino, ser humano, *coloq.* cristiano, figurilla, huesos, andoba o andóbal, bicho viviente.
- sujeto, tío, tipo, elemento, alguien, cualquiera, *coloq.* menda, moya, nota, quídam, quisque, tronco, maromo.
- fulano o *desus.* hulano, mengano, perengano, robiñano, citano, zutano, sursuncorda, perencejo, rita, otras hierbas.
- aquél, éste, ése, quienquiera, cualquiera ♦ un tal, uno de tantos, cada cual, el que más y el que menos

Campos semánticos colocados a continuación quedarían destinados a desarrollar conceptos, según usos, como *niño, joven, hombre, mujer* y *anciano*, e incluso *personas en grupo*. Los campos anteriores habrían de concentrarse en cuestiones como *señas de identidad de la persona*. En cálculo aproximado, las palabras que el *DRAE* (RAE 2003) incluye dedicadas a la designación del ser humano son unas mil doscientas; todas ellas deberían figurar con sentido en este amplio campo.

Recoge el segundo ejemplo verbos y locuciones verbales que designan una acción realizada con los brazos. En un estudio minucioso y profundo de todos ellos aparecen unos mil. Necesitamos agruparlos por significados afines, acudir, necesariamente, a la subjetividad, que es lo que sucede en la mayoría de los diccionarios. De esta manera elegimos una serie de hiperónimos capaces de recoger la plenitud de las posibilidades: *bracear, tocar, coger, soltar, desplazar, pegar, golpear, sacudir, romper, machacar, moler, levantar, mover, manipular*. Decenas de verbos y locuciones comparten estos significados que hemos destacado como cabezas de listados. Tendremos que organizar el repertorio con la lógica de los significados. Desarrollemos uno de ellos a modo de ejemplo, el hiperónimo *pegar*:

(2) *pegar*

sacudir, atizar, largar, zumbar, arrimar, asentar, asestar, dar, batir, propinar, encajar, fajar, plantar, plantificar, administrar, vapulear, apalear, paporrear ♦ dar una paliza, dar para el pelo, dar para peras, dar un meneo, dar un pan como unas nueces, dar una felpa, arrear estopa, arrear candela, medir el lomo, medir las costillas, medir las espaldas, menear el cofre, menear el ható, menear el tarro, poner la mano encima, asentar el guante, asentar la mano, cargar de leña, cascar las liendres, hacer batería, hinchar los morros, romper los morros, menear el bálago, sacudir el bálago, moler a golpes, moler a palos, hartar de palos, sacudir el polvo, sobar el morro, tocar la pámpana, zurrar la pámpana, tocar el cuadro, tocar la ropa, tocar la solfa, romper los huesos, tener la mano larga, *coloc.* dar caña, dar julepe, poner como un Cristo, dar más palos que a una estera, romper la crisma, dar un sopapo, doblar a palos, medir las costillas, tocar la pámpana, tocar la solfa, zurrar la badana, armar candela, dar la del pulpo, dar para castañas, hacer daño, hacer pupa, *Arg.* dar una pateadura, dar una salsa, *Cuba* meter la muñeca, *Méx.* poner como camote, dar en toda la madre (*vulg.*), *Chile* dar la torta, hacer sonar, sacar la

contumelia, sacar la cresta, *Perú* sacar la mugre, *Ur.* dar como en bolsa ♦ *pegar en la cara*: abofetear, romper la cara, partir la cara, partir la boca, romper las narices, dar un moquete, poner los cinco dedos en la cara, tomar el molde de la cara, poner los cinco dedos en la cara, *coloq.* partir los morros, aplaudir el belfo, aplaudir la cara, cruzar la cara, quitar la cara de en medio, dar un tortazo, dar una leche, quitar los mocos, *vulg.* dar un hostión, dar un hostiazo, inflar a hostias ♦ *pegar en la cabeza*: dar un coscorrón, dar un capón, dar un capirotazo, dar un bodoque, abrir la cabeza, romper la cabeza ♦ *pegar en las nalgas*: dar en el culo, zumar la pandereta, zurrar la badana, poner el culo como un pandero

La entrada distingue, a su vez, entre golpes generales y los destinados a una parte del cuerpo, señala como tales los vulgarismos, y añade al mismo tiempo los usos particulares de algunas zonas del amplio dominio lingüístico del español: México, Uruguay...

El tercer ejemplo gana en complejidad porque la condición de músico está entendida de manera extensa. El lexicólogo debe protegerse con férrea voluntad en un sondeo por el campo semántico en su integridad, incluyendo a quienes bailan o son únicamente aficionados. Las palabras subrayadas orientan para el listado horizontal, las puestas en cursiva contribuyen a orientar y encajar los significados:

(3) *músico*

- ♦ compositor, profesor, maestro, arreglista, contrapuntista, virtuoso ♦ director de orquesta ♦ *fig.* cisne.
- ♦ intérprete, concertista, instrumentista, solista, ejecutante, tocador, jazzman, tuno, murguista.
- ♦ violinista, violonchelista o violoncelista, primer violín, bajo, contrabajo, *encargado de los solos*: concertino.
- ♦ trompetista o trompeta ♦ saxofonista ♦ flautista, clarinetista, fagotista, oboe, dulzainero ♦ corneta, añafilero ♦ gaitero.
- ♦ teclista, pianista, organista, clavicembalista, acordeonista.
- ♦ guitarrista, bajo, contrabajonista ♦ arpista, citarista.
- ♦ percusionista, platillero, tamborilero, timbalero, cimbalerero, xilofonista ♦ batería, *Am.* baterista, *coloq.* Batero.
- ♦ cantante, solista, cantor, cantaor, cantautor, tonadillero, folclórico, coplero ♦ milonguero, tanguero, payador ♦ roquero.

- tenor, contratenor, soprano, mezzo-soprano, barítono, contralto ♦ bajo, contrabajo ♦ tiple, vicetiple ♦ barítono, tenor ♦ *voz que va delante en la fuga*: guía.
- *en la iglesia: que dirigen*: maestro de capilla, chantre o capiscol, sochantre, *que toca un instrumento de viento*: menestril o ministril, *voces religiosas*: versiculario, antifonero ♦ seise.
- *grupo de músicos*: orquesta filarmónica, orquesta sinfónica, orquesta de cámara ♦ coral, coro, orfeón, escolanía, estudiantina, agrupación ♦ dúo, dueto, trío o terceto, cuarteto, quinteto, sexteto o sextillo, septeto o septimino, octeto, noneto ♦ conjunto o conjunto musical, banda, comparsa, charanga, fanfarria, murga ♦ tuna, ronda, rondalla, orquestina, parranda, *coloq.* chinchín ♦ Méx. mariachis.
- *que se interesa por la música*: melómano, musicógrafo, musicólogo, musicómano.
- bailarín, o *desus.* bailista, danzarín, danzante, danzador, zapateador, bailarina, saltatriz, corista, *en India* bayadera, *en Oriente, mujer que danza en público*: almea, *en la mitología* coribante, *en el teatro* histrionisa, *en las discotecas* gogó, Arg. y Ur. milonguero, tanguero ♦ *en las parodias* saltarín, matachín, moharracho, *Salamanca* zangarrón ♦ *que organiza o guía en algunas danzas*: alcalde, guión, bastonero ♦ *desus.*, *poeta que escribía letra para los bailes*: bailinista ♦ pareja, partenaire ♦ *en grupo*: coro, cuadrilla, agrupación ♦ coreógrafo ♦ figurante.
- *en el cante flamenco*: cantaor, bailaor, tocaor ♦ *que recibe la guitarra*: baján o bajando (*jerga gitana*) ♦ *colectivo*: cuadro flamenco, peña flamenca.

Las divisiones han de someterse, necesariamente, a la subjetividad del autor. No existen compartimentos mágicos porque el léxico crece de manera desbaratada ajustado a las necesidades. El lexicógrafo, en este caso, necesita cierta dosis de humanismo, de taxónomo del mundo, de sociólogo, de observador de la realidad visible y de la invisible, de la concreta y de la abstracta para proporcionar al usuario una mirada lógica del mundo.

Las palabras son unidades teñidas de magia. Trabajar con ellas llega a turbar, a emocionar, a sobrecoger. La reflexión sobre la manera de abarcarlas se instala en el pensamiento como cualquier otra testarudez. Permitimos que el caudal léxico y sus tintes paseen por el entendimiento tan incondicionalmente inofensivo, lo

acariciamos en la memoria de voces y conceptos, y luego generamos deleitosos barridos en ambiciosa búsqueda. Esa habilidad mental, privilegio de unos cuantos lexicólogos, es extensible a otros ámbitos de la labor investigadora responsable y útil.

## 2. DICCIONARIOS CONCEPTUALES EN OTRAS LENGUAS

El léxico del inglés, francés, portugués y ruso ha sido recogido en repertorios, en clasificaciones de palabras ordenadas por significados que aún no existen, al menos de manera completa, para los hablantes de español. La lengua inglesa dispone del *Thesaurus* de Roget, una clasificación tan útil e interesante que ocupa un lugar en los hogares anglófonos con la misma extensión y uso que el *Petit Larousse* preside las consultas léxicas de los usuarios francófonos, o el *DRAE* los desacuerdos lingüísticos de los hispanófonos. No exigen los ingleses el diccionario semasiológico con el que tantos usuarios se muestran interesados. Ese onomasiológico o de significantes, el Roget, donde las palabras ocupan un lugar sin las tradicionales explicaciones que las visten de sentido, sirve como diccionario tan útil para buscar significantes como significados. Y tanta extensión y uso ha llegado a alcanzar que los hablantes de francés, interesados por un instrumento de parecido servicio y provecho, adaptaron la estructura y lo versionaron. Y aquella clasificación fue publicada por la prestigiosa editorial *Larousse*.

La lengua portuguesa cuenta con la clasificación de Carlos Spitzer llamada *Diccionario Analógico. Tesoro de vocablos y frases de la lengua portuguesa*, obra ciertamente inspirada en en la de Roget. Y la lengua eslava más extendida, por poner un ejemplo más, ha desarrollado el *Diccionario temático de la lengua rusa* (Saijova et al. 2000), instrumento que estos últimos años se extiende con fuerza en aquel ámbito, y entusiasmo y alimenta de términos a sus usuarios, aunque, una vez más, y al igual que en los anteriores, no utiliza el complejo orden alfabético, sino el lógico, el impuesto por los significados.

La necesidad de una clasificación léxica de este tipo ya la sintieron los hablantes de chino por la dificultad de ordenar las palabras para su búsqueda con una escritura sin alfabeto. También lo desarrolló el sánscrito con el *Amara Kosha*, de Amara Simha, el más

antiguo diccionario estructurado conocido en el mundo para una lengua que se tiene por perfecta. Para aquella primera gran lengua del mundo occidental que fue el griego, el gramático y retórico Julio Pólux, nacido en Nauratis, Egipto, hacia el año 135 de nuestra era, y que vivió unos cincuenta y siete años, concibió una clasificación de las palabras que llamó *Onomasticón*. Nuevo intento por organizar un vocabulario de la lengua ajeno a las exigencias del orden alfabético, y ajustado a la lógica de las palabras. El gramático Pólux clasificó por series análogas, y encontró que la división en diez partes se ajustaba a la visión de los conceptos y cosas que era necesario denominar en el mundo de la lengua vehicular de entonces. Aquellos apartados y subapartados han sobrevivido incompletos. Especialmente interesante es el desarrollo de la terminología dedicada a la música y al teatro. La necesidad de este tipo de información lingüística puede llegar a ser tan útil como esas otras dos obras fundamentales para la descripción de una lengua que son el diccionario de significados y la gramática.

Y tras la antigüedad, la idea cayó en el olvido en el mundo occidental, como tantos otros asuntos relacionados con el conocimiento científico, durante muchos siglos, hasta que nació en Londres, en 1779, Peter Mark Roget. Educado en la exigente sociedad inglesa, no fue, durante la mayor parte de su vida, sino un lingüista aficionado. Hizo de la medicina su única profesión, y a ella dedicó su vida. Una vez retirado, a la madura edad de 61 años, recuperó un pequeño trabajo de juventud, una clasificación de palabras por conceptos que había realizado con veintitantos años por mero placer estético, tal vez como quien se entretiene completando un crucigrama. Había dejado aquellos apuntes guardados en cualquier cajón y, abandonada su vida profesional, les quitó el polvo y dedicó su tiempo y deseo a organizar y ensanchar aquella base léxica, hasta conseguir, once años después, una amplísima clasificación de palabras que publicó en 1852 con un título espectacular: *Tesoro de las palabras y las frases de la lengua inglesa clasificadas para facilitar la expresión de las ideas, y como ayuda en la composición literaria*. Su libro, en efecto, es una colección de palabras sin explicación alguna. Sus significados son deducidos por los hablantes ingleses en función de sus conocimientos básicos, a los que añaden los de las palabras vecinas para dar el verdadero valor a la elegida. Está dividido en seis partes, cuatro menos que el de Julio Pólux. Pero esto no parece lo más importante. Peter Mark Roget



murió a los 90 años. Se fue sin imaginarse que su *Thesaurus* se editaría más de sesenta veces, que se extendería, acompañando a la propagación de la lengua inglesa, por todo el mundo; que se actualizaría en más de cincuenta ocasiones con nuevas palabras; que se venderían más de treinta millones de ejemplares; y que sería un compañero indispensable en muchas generaciones de escritores y demás usuarios anglófonos. Hoy, reconocido como un clásico y difundido en baratísimas ediciones de bolsillo, ocupa un lugar en las estanterías de todas las bibliotecas y en la mayoría de los hogares de habla inglesa como uno de los diccionarios de referencia más importantes de aquella lengua y, por tanto, del mundo. La clasificación de palabras de Peter Mark Roget ha superado con incuestionable éxito el test del tiempo, y se ha mostrado capaz de absorber los nuevos conceptos, el vocabulario técnico y las expresiones coloquiales con la estructura que él ideó. Actualizado y difundido por sucesivos editores, hoy es indispensable en el moderno uso de la lengua vehicular de la humanidad. En cualquier librería de cualquier país, no solo de dominios anglófonos, que tenga un mínimo espacio dedicado a los estudiantes ingleses, allí está el *Tesoro de las palabras y frases del inglés* a disposición del interesado y el estudiante. El libro, como hemos dicho, ha sido traducido al francés, o mejor dicho, versionado, conservando sus estructuras. Y aprovechando aquellas y añadiendo otras nuevas, el profesor Tom McArthur, publicó en 1981 un moderno *Longman Lexicon of Contemporary English* que había de actualizar el ya cansado Roget. El conservadurismo inglés lo evitó.

### 3. EL *DICCIONARIO IDEOLÓGICO* DE JULIO CASARES

Nadie se interesó, sin embargo, por llevar a cabo una versión española. Las más prestigiosas editoriales dedicadas a la publicación y estudios de la lengua se muestran poco interesadas por la publicación de este tipo de trabajos. Parecen conscientes del escaso atractivo de una clasificación tan viva entre los usuarios. Y estas opiniones, tan irrefutables desde la apariencia, solo las podemos entender con una lectura condicionada. No parece adecuado pensar que se trate de menosprecio a tan interesante modo del conocimiento del léxico. Más vale explicarlo diciendo que, cuando pudo interesar,

cuando pudo interesarnos, apareció un lexicógrafo excepcional, antecesor de una lexicógrafa incomparable: era Julio Casares Sánchez, seguido de María Moliner Ruiz.

Julio Casares Sánchez nació en Granada veintitrés años antes que María Moliner, en 1877, y murió en 1964, diecisiete años antes que ella. La historia lo conocerá y recordará por su original legado, recogido en un manual lexicográfico, ya clásico, su *Diccionario ideológico de la lengua española*. El trabajo aún rigor y amenidad dentro de un nuevo concepto de abordar el estudio de los significados de las palabras y las relaciones de afinidad establecidas entre ellas. Julio Casares estudió derecho, que no lingüística, en la universidad de Madrid, pero también... música. Con veintinueve años accedió a su primer trabajo: formar parte como violinista en la orquesta del Teatro Real de Madrid. Pero aquello no le proporcionó estabilidad económica alguna. Necesitado de actividad laboral menos sujeta a los vaivenes de la fortuna tuvo que buscar... otra cosa. Y no se protegió en la jurisprudencia, que era su formación, ni en la enseñanza, amparo de tantos lingüistas, ni siquiera en la vida bohemia y variada de los músicos, no, en nada de eso: hubo de trabajar durante algún tiempo en... un taller de ebanistería. Y como aquello tampoco podía ser la solución para un joven como él, abandonó toda actividad remunerada y se concentró en la preparación de unas oposiciones para funcionario en el ministerio de Estado, es decir, el camino que tanto ha asegurado la estabilidad de los españoles durante el siglo XX. Lo demás, como tantas veces ocurre, fue una carrera guiada por el trabajo y las favorables influencias del azar. Interesado por las lenguas orientales, y estudioso por libre de aquellas, fue nombrado agregado cultural en la embajada de España en Tokio. Le interesaba el japonés, pero también el fenómeno lingüístico. De regreso a Madrid cultivó los círculos intelectuales, escribió ensayos y artículos relacionados con la lengua y la literatura, ganó prestigio intelectual y, en su progresivo ascenso en puestos de la Administración, fue nombrado delegado de España en la Sociedad de Naciones, con sede en Ginebra, y más tarde miembro de la Real Academia Española, y luego, en 1936, secretario perpetuo de la misma. Desde cargo tan privilegiado, presentó en numerosas ocasiones el proyecto de elaborar, en equipo, su diccionario ideológico. No creyeron en él. Los vetustos académicos se mostraron tan reacios a acometerlo como a incorporar algunas de las propuestas metodológicas del intelectual

granadino a las técnicas lexicográficas tradicionales que regulaban la revisión periódica del diccionario académico oficial.

Ante la falta de entusiasmo de sus compañeros, Casares emprendió por cuenta propia la redacción de esa magna obra. Trabajó muchos años en ella, tal vez unos quince, y la publicó en 1942 con el ya clásico título de *Diccionario ideológico de la lengua española*. Aquella primera edición, revisada en la posterior, encontró su definitiva redacción en 1959. Desde entonces y hasta hoy sus listados permanecen anclados. Casares había tenido la ocasión de conocer los grandes diccionarios ideológicos que enriquecían la lexicografía inglesa, francesa y alemana sembrada por Roget. La parte alfabética no ofrece novedad: es un mero listado de palabras con su significado. La primera parte, que él llama parte sinóptica, es una atractiva y graciosa clasificación de ideas en cuarenta páginas. La central, la llamada parte analógica, recoge en unas 500 páginas su verdadera aportación al estudio del léxico. Pero a diferencia de las obras europeas, Casares no se atrevió a abordar el revolucionario orden semántico o lógico, o de significados, y, más conservador que sus colegas ingleses, se refugió en el alfabético. A pesar de todo, el lector puede partir de su propia competencia lingüística, es decir, de las ideas que ya se ha forjado acerca de un concepto, para llegar a todas las palabras que la designan o que tienen alguna relación de significado con ella. Este procedimiento permite, entre otras innovaciones, localizar una palabra desconocida a partir de una idea aproximada del concepto general que se busca; seguir la pista de palabras emparentadas con la que se posee, pero más precisas y exactas que la originariamente concebida; manejar toda la serie léxico-semántica de una idea o concepto y, en general, tener acceso al vocabulario que integra el campo semántico de una voz.

Mark Peter Roget clasificó de manera lógica 990 conceptos, es decir, listados, que él inicia con una palabra clave y luego desarrolla. En su orden evoca, voz a voz, un abanico de ideas, de sugerencias, de valoraciones. La palabra *boda*, por ejemplo, elevada a la categoría de hiperónimo, es la número 894 de sus entradas, pero en su contenido aparecen, en grupitos, todas aquellas relacionadas: las que denominan a los enamorados, las que aluden a los tipos de bodas, las que designan los grados de parentesco, las que se refieren a las situaciones de la ceremonia, las expresiones... Y así hasta un total de unas trescientas. El siguiente grupo, el 895, se denomina

*celibato*, y el 896, *divorcio*. Casares nos da algo parecido, pero en orden alfabético, y no cuenta con 980 conceptos en orden lógico, sino con unos dos mil. El inconveniente del irracional orden es que necesariamente los significados están aislados. Pero al conjuero de la idea, a la llamada del concepto, Casares ofrece en tropel las voces, seguidas de las sinonimias, analogías, antítesis y referencias. Nos regala un metódico inventario del inmenso caudal de palabras castizas que por desconocidas u olvidadas no nos prestan servicio alguno, otras cuya existencia se sabe o se presume, pero que, dispersas y agazapadas en las columnas, nos resultan inaccesibles mientras no conozcamos de antemano su representación en la frase. Pero lo que destaca, lo que dignifica al diccionario de Casares es que ha reunido las palabras del español en torno a uno de los hiperónimos que él concibe. Como tantos intelectuales del siglo XX que han dedicado su vida a la investigación, que han alejado su pensamiento del mundo para concentrarlo en la lingüística, Casares murió con casi noventa años de edad, probablemente pensando más en la vida de sus revoltosas palabras que en cualquier otra peregrina y triste imagen de la senectud.

#### 4. EL *DICCIONARIO DE USO DEL ESPAÑOL* DE MARÍA MOLINER

María Moliner Ruiz no pertenece exactamente a la generación de Casares, ni siquiera a la de los atildados lingüistas del siglo XX, ni a las clases académicas, ni y al encumbrado, y tal vez soberbio, cuerpo docente, pero sí a ese reducido grupo de personas decididas, tenaces, capaces de cultivar con mimo y esmero ese mágico y seductor mundo de la lexicografía. Mujer sencillamente interesada y, para muchos, marcadamente natural y franca, al igual que Mark Peter Roget y Julio Casares dedicó buena parte de su vida a la redacción de su *Diccionario de uso del español* que publicó a los 66 años de edad. Casares lo había hecho a los 64 y Roget a los 73, es decir, todas son obras de madurez, que es cuando se han agitado, ajustado y acomodado las palabras multitud de veces en la vida, en lecturas y conversaciones; que es cuando la mente alcanza la cuajada y henchida riqueza léxica. Pues bien, la obra de María Moliner es, una vez más, el resultado de una serie de circunstancias a veces favorables, a veces adversas, pero en una detenida lectura biográfica

de la autora parece como si la adversidad hubiera contribuido a un mejor logro de sus objetivos. Las grandes obras individuales no son el resultado de una minuciosa programación, sino el alumbramiento, la conjunción de un abanico de eventos entre los que el trabajo, la inteligencia y la paciencia ocupan un lugar de privilegio. Y... ¿quién es María Moliner Ruiz? Si por cualquier circunstancia hubiera dejado su obra a medias o casi acabada, no la llamaríamos lexicóloga, sino bibliotecaria. Una olvidada bibliotecaria. En ella coinciden las tres características necesarias para la elaboración de un trabajo como el suyo: el acoplamiento familiar y formativo, es decir, la magia; la capacidad para captar las necesidades y ajustarlas con tanta inteligencia como humildad, es decir, la mente privilegiada; y la circunstancias propicias, es decir, el ambiente necesario para la creación del mito.

Del detenido análisis de su vida y sus actuaciones descubrimos, en primer lugar, el mundo prodigioso de su infancia y juventud. Hija y nieta de médico rural, tiene a su alcance la fina y delicada educación de familias tan privilegiadas. Aunque nació en Paniza, provincia de Zaragoza, a la vez que el siglo veinte, a los dos años ya residía en Madrid. Su familia, según todos los indicios, tenía sólidas raíces asentadas en una tradición liberal y, tanto ella como sus dos hermanos, estudiaron en la Institución Libre de Enseñanza, cuna de tantos ilustres sabios del siglo. Perteneció a una de las primeras generaciones de mujeres universitarias: Filosofía y Letras, por entonces tal vez la única carrera femenina, sección de historia, también única especialidad de la universidad de Zaragoza. Y en cuanto termina la licenciatura, busca, a la temprana edad de veintidós años, el mismo acomodo que Julio Casares: una plaza de funcionaria, ganada por oposición, en el cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Seguimos en la magia. Entre 1922, que empieza a trabajar como funcionaria, y 1970, año en que se jubila (las dos últimas cifras coinciden con su edad), a María Moliner nadie la conoce por otro oficio que el de bibliotecaria. Primero en el archivo de Simancas, después en Murcia, Valencia y, luego, en su traslado a Madrid para acercarse a su marido, en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales. Lo que nadie puede saber muy bien es cuándo, ni cómo, ni por qué, inició la elaboración de su egregia obra. Supongamos que fue hacia los años 1950 y que, en labor parecida a la constancia que exigen otros menesteres, pero con una mente privilegiada, invirtió unos 15 años

de trabajo... Conocemos sus instrumentos: una máquina de escribir, un lápiz y una goma... Y sus carencias: nunca dispuso de un privilegio universitario, ni académico, ni de otra institución. Nunca recibió favor alguno que le permitiera desarrollar ese hormigero en sus búsquedas, esa clasificación tan ajustada, esas palabras y expresiones tan propias. El hecho es que en 1966 la editorial Gredos, que no Espasa, publicó el primer volumen del *Diccionario de uso del español* y, un año después, el segundo. ¿Qué hace una bibliotecaria ocupando los espacios reservados a los profesores de universidad, a los académicos, a los eruditos? Por entonces, solo por entonces, cuando María Moliner contaba con 67 años, el mundo empieza a conocer su obra. Pero poca gente se hace eco de aquel excepcional evento.

El diccionario de uso, y esto es lo que aquí interesa, nos informa sobre sinónimos e ideas afines a las palabras, pero también sobre los primos hermanos y primos lejanos, y ofrece todo un campo de parentesco...

A nadie pareció inquietarle la renovación de su obra hasta que, en mitad de la década de 1990, la de las grandes publicaciones de la Academia, y de la lexicografía, la editorial Gredos reúne a un grupo de expertos para su actualización y, en 1998, un año antes de la *Ortografía* y la *Gramática Descriptiva*, publica la segunda edición del *Diccionario de uso del español*. Esta elegante nueva versión, sin desdeñar nada de la primera, claro está, es, probablemente, el intento renovador más ambicioso, que no definitivo, que ha producido el siglo XX en el ámbito del diccionario analógico, ideológico o temático. Me refiero únicamente a este ámbito, y no a los usos semasiológicos. Pero los listados del María Moliner aún no son, porque tampoco existía una intención para ello, el instrumento práctico que necesita el usuario.

##### 5. EL *DICCIONARIO DE IDEAS AFINES* DE FERNANDO CORRIPIO Y EL *DICCIONARIO IDEOLÓGICO* DIRIGIDO POR MANUEL ALVAR EZQUERRA

En 1985 apareció un compendio léxico de gran utilidad: el *Diccionario de ideas afines* de Fernando Corripio. Aunque no ha sido actualizado desde entonces, que sí reeditado, resulta de una gran utilidad como diccionario conceptual a pesar de su clasificación

alfabética. Corripio ofrece torrentes de palabras, agazapadas, seguidas, conectadas, palabras que despiertan un abanico de posibilidades. Como la ordenación es alfabética, necesita incorporar entradas sin más desarrollo que unos cuantos sinónimos, rindiendo así su trabajo al método de búsqueda conocido por el usuario. ¿Cómo acercarse con rapidez y eficacia a sus largos estudios? Ese es precisamente el problema peor resuelto. Roget necesita tantas páginas para el índice como para el cuerpo. Ofrece así un estudio que necesita de la alfabetización para la búsqueda. Solo el diccionario de la lengua china, por la peculiaridad de su escritura, pudo prescindir de tan elemental recurso. La verdadera aportación de Corripio, en definitiva, se concentra en sus 3000 artículos básicos, que vienen a ser, incrustados en el revuelto alfabético, las necesidades de la organización de nuestro mundo de conceptos. Despojado de la broza, ordenado por materias, el Corripio sería un diccionario ideológico con las carencias y deficiencias que señalábamos en los principios enumerados anteriormente.

Diez años después del *Diccionario de ideas afines* vio la luz el *Diccionario ideológico Vox*, en la gran década de la lingüística. No es éste un trabajo individual sino, por primera vez para este tipo de investigación, colectivo. No tiene estructura alfabética sino, por primera vez, lógica. Concibe cinco partes. Nada que objetar en ello porque el mundo podemos concebirlo con variados criterios. Recoge unas 75000 palabras, acepciones incluidas, y las clasifica en 1274 grandes campos semánticos, es decir, más que Roget, pero menos que Casares, Corripio y Moliner. A semejanza de Roget, necesita tantas páginas para la alfabetización que proporciona la búsqueda de la palabra como para el cuerpo clasificatorio. Consciente de la limitación, persuadido de la dificultad de sus listados o tal vez en cesión al usuario tradicional, el *Diccionario ideológico Vox* añade otro diccionario más: el semasiológico, que duplica en extensión a los dos anteriores... ¡Qué pena...! Parece como si desde el principio se aceptara el fracaso de la clasificación conceptual. Añadiremos que, por otra parte, no explora en el riquísimo campo de las expresiones, ni tampoco en los usos léxicos regionales españoles o americanos. Alcanza, sin embargo, un altísimo nivel técnico. La uniformidad en el tratamiento lo hace enormemente interesante como descripción, pero no llega a ser una herramienta útil, ni eficaz, ni definitiva. Aunque correcto en su extensión, resulta, según todos los indicios, escaso, frágil, quebradizo y frío.

## 6. BREVE CONCLUSIÓN

Pocas son las tan numerosas lenguas del mundo que disponen de un diccionario tradicional, de ese que estamos acostumbrados a ver, del de significados. Muchas menos tienen el privilegio de disponer de un estudio semántico o ideológico, o conceptual o temático de su léxico, apenas una docena. El griego sembró las bases en occidente, eclipsadas después por no sabemos qué principios de distanciamiento. La lengua inglesa recuperó para el mundo moderno aquel tan evidente modo de estudio, seguida del francés, el portugués y el ruso, y solo parcialmente el español, y también, a su manera, el italiano y el alemán. La tradición lingüística oriental había otorgado obras de este tipo a dos de las lenguas que más han marcado aquella dimensión cultural a través de los tiempos, el chino y el sánscrito.

Nuestra lengua, nuestra vibrante y universal lengua, sondeada por los inteligentes listados de Casares, protegida en los excelentes catálogos de Moliner, atizada y sacudida por los empeños de Corripio, no queda tan sutilmente descrita como en los diccionarios temáticos del inglés, del francés o del ruso.

El explosivo interés por la lingüística desarrollado en la última década del siglo pasado, la multiplicación de publicaciones, los eficacísimos ajustes de la informática en los últimos años, la llegada de una generación de usuarios del español en la que el ocio creativo se instala en nuestras vidas y conductas ha de conducirnos en breve a la aparición de ese esperado tesoro de la lengua, de un diccionario capaz de dibujar, como en un mágico espejo, el lugar que le corresponde a cada una de las palabras de nuestra lengua.

Esa soñada compilación ha de confiar en sí misma, en su propia estructura, y presentar a la vez, informar a un mismo tiempo tanto de los significantes o palabras y expresiones como de los significados o conceptos, sin rodeos ni retorcimientos. Con un léxico desmenuzado y limpio, triturado y transparente, debe hacerse innecesario, como en el Roget, el añadido que Casares y Alvar Ezquerro hacen de un repertorio alfabético de entradas con la explicación de sus significados. Y en un decisivo paso más, para rizar el rizo, para alcanzar otra dimensión en el estudio de las lenguas, deberíamos poder prescindir de un índice de palabras para las referencias al cuerpo central, y que éste fuera sustituido, como en la lengua china, por un mágico índice temático. Un sueño, sí, pero



desde el convencimiento de la necesidad de una profunda renovación de la lingüística, este nuevo diccionario habría de alumbrar horizontes hacia un acercamiento al léxico tan ameno como útil a través de las generaciones.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAR EZQUERRA, M. (1995): *Diccionario ideológico de la lengua española*, Barcelona: Bibliograf.
- AMARA SIMHA y RICE, B. L. (1988): *The Amara Kosha of Amara Simha*, New Delhi: Asian Educational Services.
- BECERRA HIRALDO, J. M. (1996): “Diccionario temático del español. Propuesta”, *EA*, 65, 5-24.
- BECERRA HIRALDO, J. M. (1998): “Diccionario temático del español. Método y resultados”, en G. Wotjak (coord.), *Teoría del campo y semántica léxica*, Frankfurt am Main: Peter Lang, 311-333.
- CASARES, J. (1959): *Diccionario ideológico de la Lengua Española*, Barcelona: Gustavo Gili.
- CORRIPIO, F. (1985): *Diccionario de ideas afines*, Barcelona: Herder.
- MCARTHUR, T. (1981): *Longman Lexicon of Contemporary English*, Londres: Longman.
- MOLINER, M. (1998): *Diccionario de uso del español*, Madrid: Gredos.
- MORAL, R. del (1999): *Diccionario temático del español*, Madrid: Verbum.
- PÊCHOIN, D. (1995): *Thesaurus. Des idées aux mots, des mots aux idées*, París: Larousse.
- POLLUX, J. (1900 y 1931): *Pollucis onomasticon*, editado por E. Bethe, Leipzig: Teubner, 2 vols.
- PORTO DAPENA, J. A. (2002): *Manual de técnica lexicográfica*, Madrid: Arco/Libros.
- RAE (2003): *Diccionario de la lengua española*, Madrid: Espasa Calpe.
- ROGET, P. M. (2002): *Roget's Thesaurus of English Words and Phrases*, Londres: Penguin Books.
- SAIAJOVA, L. G.; JASAJOVA, D. M. y MORKOVKIN, B. B. (2000): *Tematicheskii slovar russkogo iasika (Diccionario temático de la lengua rusa)*, Moscú: Isdatelstvo.
- SPITZER C. (1952): *Dicionário analógico da língua portuguesa*, Porto Alegre: Livraia do Globo.
- VV.AA. (2005): *Petit Larousse*, París: Larousse.